

B E N I T I A

HISTORIA NATURAL

DEL

A . V . E .

TOMO II

(Animales cetreros)

IMPRENTA SUSO
BURGOS

0500 J-5

D.F.C.L.

A
(V. 2)

B E N I T I N

HISTORIA NATURAL

DEL

A. V. E.

(Ensayo biológico)



Es una publicación «A. V. E.»

(Burgos, Castilla, Spain)



R. 67520

C.B. 1107431
E. 89206

Los animales cetreros del A. V. E.



Te damos el dar a la publicidad el Tomo I de esta gran obra magna, que nuestra «Historia Natural» supone algo más que una historia natural corriente, nuestra obra es de las que son las nobles obras del A. V. E. (A. V. E. = *Amor, Verdad y Eternidad*)

Los miembros del A. V. E. a más de ser hombres y mujeres, son —o tienen, que para el A. V. E. lo mismo— algo de espíritu. Mucha de misterio. Ellos quieren llevar a todos los rincones de su pueblo, en París y en el mundo, la exacta verdad de la Naturaleza, con sus hechos y con sus clasificaciones, con su ciencia y con su grandeza, con su arte y con su espíritu.

Por eso, cuando diseña el hombre de ciencia, para ser más humano, un curso de enseñanza en el estudio de sucesos biológicos, estos biólogos animales, hemos dado en la caza, y en los animales —o hechos, que para el caso tanto importa— que se presta para solaz y distracción del hombre.

Porque la caza no es, como piensan las viejas solteronas que andan en las «sociedades protectoras de animales», un sentimiento intrahumano que basta el sacar la red de sangre que, algunos, creen inerte en «Ama a la caza y compadece al pescador».

La caza es, sobre todo, un deporte: con todo (SÉNECA). Se puede encerrar esta palabra, motor maravilloso de tantos vicios de hoy. Un deporte como lo es la guerra, por ejemplo, en la que el soldado no busca el placer de matar a otros hombres, sino el noble arte de conquistar una bandera, la mejor bandera, porque es la de su Patria que se va perdiendo.

Y así, desinteresadamente como obra el A. V. E., se trata de describir los animales de la caza, de la CETERIA. Se

*A aquel conejo que se me escapó.
Con todo afecto y el mejor deseo de
larga vida.*

EL AUTOR.



«Amo a la caza y complace

al pescador.

(CÓRCA)

Pórtico

Ya dijimos, al dar a la publicidad el Tomo I de este «ensayo biológico», que nuestra «Historia Natural» supone algo más que una historia natural corriente; nuestro ensayo refleja algo de lo que son los nobles afanes del A. V. E. (Asociación de Viajes Educativos), creada en Castilla para lograr la más perfecta educación de sus miembros y, desbordando ésta, mejorar el nivel cultural de nuestro pueblo.

Los miembros del A. V. E., a más de ser hombres y tiazos, son —o tienen, que para el caso es lo mismo— algo de profetas y mucho de místicos. Ellos quieren llevar a todos los rincones de su pueblo, de su Patria y de su mundo, la exacta verdad de la Naturaleza; con sus luchas y con sus claudicaciones; con su miseria y con su grandeza; con su esto y con su aquello...

Por eso, cuando disuelto el humo de nuestro primer tomo, pensamos en verter nuevamente en el pebetero de nuestros conocimientos otras biología animales, hemos dado en la caza; y en los animales —o bichos, que para el caso tanto monta— que se matan para solaz y alimento del hombre.

Porque la caza no es, como piensan las viejas solteronas que anidan en las «sociedades protectoras de animales», un sentimiento infrahumano que busca el saciar la sed de sangre que, algunos, creen innata en el hombre; la caza es algo más, mucho más. Es, bajo determinado punto de vista, una profesión; pero este punto de vista no interesa al A. V. E.

La caza es, sobre todo, un deporte; con todo lo que de noble encierra esta palabra, motor maravilloso de tantas acciones de hoy. Un deporte como lo es la guerra, por ejemplo, en la que el soldado no busca el placer de vientres destrozados, sino el noble afán de conquistar una «bandera»; la mejor bandera, porque es la de su Patria puesta en peligro.

Y así, deportivamente como obra el A. V. E., se lanza a describir los animales de la caza, de la CETRERIA. Si-

guiendo los pasos que ya dieran ilustres hombres; como Jenofonte en su tratado de «Caza y Montería»; como Platón en determinados pasajes de su «Tratado de las Leyes»; como el Príncipe Don Juan Manuel con su maravilloso «Libro de la Cetrería»; o como Don Alfonso el «Onceno», o Argote de Molina, o el Conde de Yebes, o... tantos otros.

LOS ANIMALES CETREROS DEL A. V. E. son —tenían que ser así en su número, porque el símbolo nunca se pierde— NUEVE; como NUEVE son sus animales simbólicos.

Pero esta vez, en esta segunda edición del simbolismo animal, no ha sido una especial idiosincrasia de los miembros del A. V. E. la que ha hecho la elección. Antes fué el carácter del «Fanfa» el que logró su adjudicación de la «trucha», o el del «Médico» la del simpático «pichincharra». Ahora no; ahora la designación, la adjudicación permanente e irrenunciable, ha nacido del azar. De ese azar que es, como el corazón, lo que debe mover los mejores impulsos de nuestra vida.

Y así, con nueve nombres —los de los miembros del A. V. E.— y con nueve animales —los CETREROS— se han confeccionado dieciocho bolitas de papel, blancas y arrugadas. Y la suerte, al azar, o el hado, nos han deparado estas alegres sorpresas:

I.—EL CONEJO, adjudicado a don Joaquín Ocio, «Don Joaquín».

II.—LA CODORNIZ, a don Juan José Camarero, «El Bana».

III.—LA PERDIZ, a don Juan José Salcedo, «El Perrito».

IV.—LA LIEBRE, a don Pedro Alfaro, «Benitín».

V.—EL ZORRO, a don Ricardo Pérez, «El Médico».

VI.—EL JABALIE, a don Jaime Rebolledo, «El Fanfa».

VII.—LA CHOCHA, a don José María Orejón, «Oreja grande».

VIII.—LA DOTE, a don Rufino Hernando, «El Tuiti».

IX.—EL TIGRE, a don Félix Echevarrieta, «Don Félix».

Hemos de reconocer que la mejor suerte ha sido para «El Tuiti» (porque una «dote» no se caza todos los días,

como un conejo) pero reconozcamos, también, que era justo que así ocurriera, porque, para eso, es célibe el señor Hernando.

Mas no hablemos de mala ni de buena suerte; porque en el A. V. E. la suerte de los demás es nuestra propia suerte, y las desgracias de uno cualquiera de sus miembros, son las desgracias de la Asociación. Hablemos, sencillamente, de que tenemos NUEVE ANIMALES CETREROS, nueve animales de caza; y lancemos las gorras al viento, no para perdigonearlas como un cazador cualquiera de Tarascón, sino para ulular nuestro grito copiado, por una sola vez y sin que sirva de precedente, de los gritos nostálgicos de los hijos de Albión...

«¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡¡¡Hurrá!!!»

Y... ¡Viva el A. V. E.!

¡¡¡VIVA!!!

EL AUTOR.

Animal cetrero, de D. JOAQUÍN GARCÍA

«Don Joaquín»

EL CONEJO

I

EL CONEJO

Animal cetrero, de D. JOAQUIN OCIO

«Don Joaquín».

EL CONEJO

(*Oryctolagus algirus* (Loche).)

Descripción.—El conejo es un bichejo, bastante idiota, que se cría en los cotos de caza de nuestra Península. Perteneció al género de los *mamíferos* (lo mismo que usted y que yo) y al orden de los *roedores*, suborden de los *duplidentados* y familia de los *lepóridos*.

Al llegar a este punto de nuestro trabajo hemos de hacer constar que *lepórido*, en latín, quiere decir *liebre*; o séase: que el conejo es un pariente (sobrino carnal, por más señas) de las liebres. Se diferencia de ellas, no obstante, en que es más pequeño y no duerme con un ojo abierto.

Si se mira a un conejo desde fuera se observa que tiene una cabeza bastante mona, un cuerpo corriente para lo que él es, y cuatro patas. Las patas de atrás del conejo son bastante más largas que las de adelante, lo que le obliga a andar, al pobre animal, de una manera sumamente extraña; como un conejo cualquiera.

Tiene este mamífero, en la cabeza, todas esas cosas que tenemos los de su género; tiene orejas, aunque grandes; tiene ojos; tiene boca; y tiene hasta bigote. Lo que más destaca de su cabeza es la boca, pequeñita y con unos dientes (las dos «palas») sumamente largos. Esta configuración especial de su dentadura hace que, el conejo, cuando mira tiernamente a la coneja, se sonría de una manera extraña y como diciendo... «¡Sí, sí!» A su risa, universalmente conocida, se la denomina «risa de conejo».

El conejo es muy abundante en nuestra Patria y varias provincias del extranjero. También se le conoce en Pamplona.

Costumbres.—En realidad la vida del conejo es bastante monótona; y dedica gran parte de ella a procrear. El conejo es, con toda seguridad, el bicho que más se multiplica.

Para confirmar esta apreciación, hija de profundos estudios sobre los duplidentados, basta con recordar que a las se-

ñoras que tienen más de media docena de hijos se las llama, familiarmente, «conejas». —Doña Trinidad ha tenido otro niño— solemos oír a la vecina del segundo, cuando sacude el felpudo por el patio. Y la señora del quinto, que siempre está en todo, contesta invariablemente: —¡Ay, hija, no me choca nada! Esta Trinidad es una verdadera *coneja*.

Sobre esta costumbre, tan así, de los *conejos* —debida, sin duda, a la gran cantidad de tiempo que los pobres bichos tienen que pasar en sus casas (bardos)— se ha escrito mucho; y por buenos autores. Así, Plinio «el Antiguo», habla de una ciudad española (no concreta cuál) que fué destruída por los *conejos* que, en verdaderas manadas, pululaban por sus ciemientos. Estrabón, cuenta que el pueblo balear tuvo que enviar mensajeros a Roma en demanda de ayuda para combatir a los simpáticos (sic) animalejos. Y un viajero inglés —llamado Jhon Smith— refiere que en una isla desierta se soltaron dos conejos (macho y hembra, claro) en 1756 (d. J. C.) y que en 1757 (d. J. C., también) había en ella más de ¡diez mill

Esta cifra se discute por el naturalista alemán Otto Hahan, que la reduce a 1768; lo que, en todo caso, demuestra la elocuencia de los números.

Aparte de esta agradable función, el *conejo* no hace nada, o casi nada. Se limita a comer tomillo, a escarbar en la tierra, y a manchar la misma con bolitas negras. También suele huir de los perros.

Hay algunos *conejos* que poseen el don de la palabra; pero entonces no están en «Las Cortas», sino en las películas de Walt-Disney que ponen en el «Avenida».

Artes de caza.—La caza del *conejo* es muy variada en sus «artes»; desde el lazo al perdigón, pasando por el hurón, todo es inventar sistemas para hacer polvo a este simpático morador de nuestros montes.

De entre las variadas formas de caza del *conejo*, entresacamos las más habituales. Son estas:

a) En «ganchos».—Se trata de una modalidad del «ojeo» y consiste en que, a poca distancia de uno, se meten por el monte una serie de tíos de pueblo llenos de palos y de perros. Estos nativos empiezan a dar gritos de «¡Ahí va la liebre,

liebrel» y «!!!Prrrrrrrr!!!», y cuando el *conejo* se asusta, porque es pequeño, y llega a su «bardo» se encuentra con una perdigonada; porque, escondidos en una mata que hay detrás de la cueva, están Don Félix y sus amigos.

b) Con «bicho».—Este sistema es mucho más bonito y cómodo; se practica con un animal llamado hurón, que es un mal bicho y tiene una tirria tremenda a los lepóridos. El hurón se mete en la cueva, empujado por la mano del hombre, poniéndole un cascabel con una cintita de color azul «mahon»; y, ya dentro, quiere chupar la sangre a los pobres *conejos* que, en realidad, no le han hecho nada.

Los *conejos*, para que no se la chupen, salen fuera de la cueva; y entonces Don Félix y sus amigos, que también están allí, le hacen migas a traición.

c) En «mano».—Se trata de un método más deportivo, ya que se le dan ciertas ventajas al pobre *conejo*. En él va el cazador —esta vez no es Don Félix sino el «Fanfa»— con su perro; éste hace la «muestra» en una mata donde está el *conejo* haciéndose el despistado. Y cuando el «Fanfa», dice a su perra: «Neska, monina, anda a por él», el *conejo* sale y, casi siempre, el «Fanfa» le liquida; los otros cazadores, que no son el «Fanfa», no le dan casi nunca; aunque suelen asegurar que iba herido.

d) Otros procedimientos.—Aparte de lo expuesto en los apartados anteriores, hay otros varios sistemas de «liquidar» duplidentados; tales son el llamado «al salto», a «toro suelto», al «chillo», con «capillos», y hasta con «azor».

Estos sistemas no merece la pena de que sean comentados, porque no son usados con frecuencia. En cambio es conocido el llamado del «lazo», que consiste en poner un «idem», de bramante, en la boca de los «bardos», para que al salir el *conejo* se ahorque y... ¡vaya bien!

Por último hemos de reseñar un nuevo sistema, muy en boga en Madrid y en sus bares de la Gran Vía; con este sistema se capturan los *conejos* invitando a «ellas» a un «cognac» con «seltz». Pero este sistema no debe divulgarse en esta obra, dado su exclusivo interés científico exento, totalmente, de erotismo.

LA CODORNIZ

(Fajetas ocultas 119)

Descripción.—La codorniz no es, como algunas creyeron en un principio, un berraco; es un ave de un año de la misma familia que las alondras y las alondras. Es, en definitiva, un pájaro que canta como todos los demás pájaros, dos años, dos veces un pico y uno cuantos centavos de pizarra de un color así como el color de la tierra.

II

LA CODORNIZ

La codorniz, independientemente de sus cualidades geográficas, no ofrece mayores dificultades — visto el paleontólogo — que un simple ave; es, tal vez, un poco mayor que éste y, desde luego, mucho más estúpida. De ahí el calificativo de «pájaro».

Animal cetrero, de D. JUAN JOSE CAMARERO

«El Bana».

La codorniz tiene, como una careta, un pico y un canto. El pico es duro y negro y, por ello, se equivocada aquella descripción, tan corriente en algunos círculos, de que está atada en punta como la codorniz. En realidad se cuenta la descripción ficticia que se recoge en un momento que se encuentra en la Universidad de Salamanca y en el primer día que se la codorniz es un pájaro con un pico en la nariz. Por eso, en efecto, la codorniz tiene el pico donde nosotros tenemos el apéndice nasal; es decir, debajo de los ojos.

El canto de la codorniz también es característico de una bella variedad de distintos tiempos hasta como las alondras y no como las perdices o las alondras. De ahí que se la pueda localizar a distancia y que los perros, por más finos que sean, le sobrevengan con gran facilidad.

La codorniz se cruce en una gran variedad de razas y Asia. Actualmente los perros, como los perros de guerra, están, sin positivo error, en los alrededores de la ciudad.

LA CODORNIZ

(«Pajarus necius» HP).

Descripción.—La *codorniz* no es, como algunos creyeron en un principio, un batracio; se trata de un ave de la misma familia que las alondras y las calandrias. Es, en definitiva, un pájaro que tiene, como todos los demás pájaros, dos alas, dos patas, un pico y unos cuantos centenares de plumas de un color así como parduzco que la hace confundirse, o poco menos, con los rastrojos.

La *codorniz*, independientemente de sus cualidades gastronómicas, no ofrece mayores atractivos —vista al microscopio— que un simple gorrión; es, tal vez, un poco mayor que éste y, desde luego, mucho más estúpida. De ahí el calificativo de «pajarus necius» (del latín «pajarus, pajare», pájaro; y «necius, necia», tonto), que le dió el gran ornitólogo noruego Hesper Puffendorf, al fijarse en la facilidad con que se pone a tiro de las escopetas más inexpertas.

La *codorniz* tiene, como nota característica, su pico y su canto. El pico es duro y romo y, por ello, es equivocada aquella descripción, tan corriente en nuestras comarcas, de que «todo acaba en punta como la *codorniz*». En cambio es exacta la descripción festiva que se recoge en un incunable que se conserva en la Universidad de Salamanca y en el que se dice que «...la *codorniz* es un pájaro con un pico en la mariz». Porque, en efecto, la *codorniz* tiene el pico donde nosotros tenemos el apéndice nasal; es decir, debajo de los ojos.

El canto de la *codorniz* también es característico de este bello visitante de nuestros campos; canta como las *codornices* y no como las perdices o las tórtolas. De ahí que se la pueda localizar a distancia y que los perros, sus más fuertes enemigos, la «muestren» con gran facilidad.

La *codorniz* se conoce en tres continentes: Europa, África y Asia. Actualmente los norteamericanos tratan de aclimatlarla, sin positivo éxito, en las extensas llanuras de Illinois.

Costumbres.—Las costumbres de este pájaro son sumamente sencillas.

Empieza por nacer de un huevo y, cuando rompe el cascarón, es pequeña y con las plumas un poco lacias; algunos, sin saberse por qué razón, llaman a estas *codornices* jóvenes *cornijones*; lo que resulta, desde luego, bastante feo y estrábótico.

Cuando la *codorniz*, a los pocos días de nacer, se empieza a dar cuenta de las cosas, empieza a comer grano; ello es debido a que no se trata de un mamífero. Vive, por tanto, en los sembrados y, de sol a sol, se pasa el día cantando. Casi, casi como las cigarras.

La madurez de la *codorniz* llega con la siega; y, aunque se trata de un ave emigrante, debido a su maravilloso instinto, espera pacientemente a que se levante la veda para viajar. Así logra uno de los fines para los que fué creada: la perdigonada.

Este instinto de pieza de caza que tiene la *codorniz* es realmente extraordinario hasta el extremo de que puede decirse que toda su vida está consagrada a ello: antes de la veda, con su canto que orienta a los cazadores; en la veda, dejándose hacer la «muestra» impunemente; y, después de la veda, yéndose a climas cálidos para evitar la exterminación de la especie. Se han dado incluso casos curiosos de codornices que, por no prestarse a las «muestras» o por volar demasiado fuerte huyendo de las escopetas, han sido muertas a picotazos por sus propias compañeras.

Cuando la veda de la *codorniz* termina, los animalitos de la especie que han resistido, por mala suerte a la ofensiva de los cazadores, se agrupan en bandadas y emigran en grandes desplazamientos. Sus emigraciones han sido perfectamente estudiadas por medio de ejemplares anillados; y se ha podido comprobar que cruzan, en rápido vuelo, mares de la anchura del Mediterráneo; aunque algunas veces tengan que descansar en los barcos que hacen el servicio de gran cabotaje.

La *codorniz*, que es culta y guasona, tiene un órgano de propaganda que se edita en España, con su propio nombre. Pero se la censura porque dedica más espacio a los médicos

que a sus propios intereses; lo mismo que el Instituto de Previsión.

Artes de caza.—Hay, en realidad, sólo dos procedimientos de cazar este simpático animalejo: la del perro y la del reclamo. Y ambas, porque la originalidad del hombre no es muy extensa que digamos, requieren un mismo medio: la escopeta.

La caza con perro es la más usada; consiste en tener un perro y en ir detrás de él haciéndose polvo las botas por los rastrojos. El perro oye a la *codorniz* que canta alegremente y se acerca a ella. Cuando está a poca distancia, la *codorniz* da unos saltitos para que el perro y el cazador la vean; y una vez que la han visto —por lo menos el perro— se queda quieta como una tonta. Cuando el cazador se ha acercado lo bastante para no errar y ha quitado el seguro de la escopeta, entonces la *codorniz* sale del mismo morro del perro y vuela lentamente para que la den bien. Generalmente muere atravesada por diez o doce perdigones; a veces, sin embargo, es el perro el que casca. Pero esto es lo menos frecuente.

El otro «arte» de caza es parecido, pero más tonto; el cazador se lleva un amigo que da golpes en la mano con un chisme que tiene un muelle y un pito. Y el amigo hace un ruido que no se parece nada al canto de la *codorniz*; cuando lo oye ésta se sonríe, se pone muy contenta, y dice: «¡Ya están ahí los perdigones!» Entonces, dando un pequeño vuelo, se acerca al cazador y se queda quieta para que éste la mate. El cazador la mata y luego presume mucho; la *codorniz* no puede presumir porque se muere en seguida, pero muere satisfecha de haber cumplido con su deber.

La *codorniz*, como habrán podido apreciar ustedes, es tonta de nacimiento.

LA PERDIZ

(Plumajes de las aves)

Descripción.—Si nos limitáramos a describir una especie de ave frugívora como lo hace aquel maravilloso insecticida que jamás habes estado en Madrid, incidiríamos en la ley de concreción, porque ni que se hiciera, o más, que la perdiz es un «abrazo» de su «alma», y esto que se dice en los sistemas raptos de la especie, lo que se manifiesta una, ha sido de su «alma» que se manifiesta que la perdiz es como una «alma» que vive pintada.

III

LA PERDIZ

Nosotros hemos de que un poco más lejos —por lo menos hasta el caso de las Cortes— para describir el animal que nos ocupa. Y decir, que la perdiz, es un ave frugívora, de tamaño...

Animal cetrero, de D. JUAN JOSE SALCEDO

«El Perrito».

La nota característica de la perdiz, a más de su plumaje, es la relativa a la forma y color de sus ojos. Los ojos de la perdiz son totalmente redondos y totalmente rojos y son tan grandes de ella que cuando está por las chinqueros en tierra con los ojos redondos y así están un poco colorados, se dice que es «ojo de perdiz». En cuanto, al color y forma de los ojos no tiene tan características del ave que describimos, se dice que este tiene «ojo de perro» y el revés.

La perdiz, que no es ave migrante, es muy popular en toda nuestra Patria y en los países de Europa. En algunos países muy apartados existe una clase distinta de perdiz —más rara que la corriente— que es de un tamaño un poco mayor y tiene una cola muy larga. Se la suele llamar *Isabón*.

Costumbres.—Aunque en las primeras semanas de su vida las costumbres de la perdiz son muy semejantes a las de la codorniz, con el transcurso de los días cambian totalmente. Ya que, en definitiva, la colorada hace lo posible por que la mañan y, en cambio, la perdiz hace lo imposible por que la...



LA PERDIZ

(«Pajarus listus» HP).

Descripción.— Si nos limitáramos a describir esta especie de ave frugívora como lo hacía aquel estudiante de bachillerato que jamás había salido de Madrid, incidiríamos en falta de concreción; porque ni puede decirse, a secas, que la *perdiz* es un «sabroso, pero caro, plato que se sirve en los restaurantes de la capital de España», ni puede limitarse uno, llevado de su misión científica y divulgadora, a manifestar que la *perdiz* es como una paloma, solo que «con pintas».

Nosotros hemos de llegar un poco más lejos —por lo menos hasta el coto de «Las Cortas»— para describir el animal que nos ocupa. Y decir que, la *perdiz*, es un ave frugívora, de tamaño medio, con dos patas y dos ojos muy coloraditos y con un plumaje de vistosos colores. La *perdiz*, por otra parte, tiene dos alas que le sirven para volar.

La nota característica de la *perdiz*, a más de su plumaje, es la relativa a la forma y color de sus ojos. Los ojos de la *perdiz* son totalmente redondos y totalmente rojos; y son tan propios de ella que, cuando sale por los chiqueros un toro con los ojos redondos y así como un poco colorados, se dice que es «ojo de perdiz». En cambio, si el color y forma de los ojos no fuere tan característico del ave que describimos, se diría que esta tiene «ojo de toro»; y al revés.

La *perdiz*, que no es ave emigrante, es muy popular en toda nuestra Patria y otros países de Europa. En algunos cotos muy «peras» existe una clase distinta de *perdiz* —más rara que la corriente— que es de un tamaño un poco mayor y tiene una cola muy larga. Se la suele llamar *faisán*.

Costumbres.— Aunque en las primeras semanas de su vida las costumbres de la *perdiz* son muy semejantes a las de la *codorniz*, con el transcurso de los días cambian totalmente. Ya que, en definitiva, la *codorniz* hace lo posible porque la maten y, en cambio, la *perdiz* hace lo imposible porque no.

Coinciden las costumbres de ambos animalejos desde su fase de huevo, hasta que adquieren uso de razón. Ambos son huevo cuando salen del claustro materno, ya que, en ambos casos, se trata de animales «ovíparos» y no «vivíparos»; ambos tienen las plumas lacias al nacer; y ambos muestran sus primeros vestigios de vida hinchándose a comer de los sembrados.

Pero así como la *codorniz*, cuando empieza a darse cuenta de las cosas, inicia un fuerte entrenamiento en pro de la perdigonada final, la *perdiz*, al llegar a la misma época de su vida, inicia todo lo contrario. La *perdiz*, desde joven, ejercita sus músculos —tanto los de los remos inferiores, o patas, como los de los superiores o alas— para la huida; y llega a adquirir extraordinaria fuerza, tanto en vuelo como en «apeonar», que así se llama la marcha, sobre el suelo, de tal frugívoro.

Por otra parte, la *perdiz* joven pasa gran parte de su tiempo contemplando el paisaje y sus colores como un pintor cualquiera; pero la *perdiz* no lo hace para pintar, ya que no es bicho que pueda dedicarse a perder el tiempo. Lo hace para asimilar el medio ambiente y dar a su plumaje un tono semejante a éste, que le sirva para disimular. En una palabra: que la *perdiz* se dedica, desde niña, al «mimetismo».

Por eso el plumaje de la *perdiz* varía con su zona de vida; y es mucho más claro en Castilla que en Andalucía, por ejemplo. Una variedad de la *perdiz*, que vive en las zonas de frecuentes nieves, es casi completamente blanca, dando lugar a la subespecie denominada «albina» (de «albus, albæ», blanco, nítido).

Se podrá objetar que se dan, con relativa frecuencia, casos de perdices con plumajes extraños y fácilmente visibles; pero ello es la excepción que confirma la regla. Profundos estudios, llevados a cabo por el cazador y naturalista señor Pérez (de la «Sociedad de Cazadores y Pescadores de La Nuez de Abajo») han demostrado que estos casos excepcionales obedecen a un fenómeno de «daltonismo», semejante al que padecen Picasso y Dalí que, como tales monstruos de la naturaleza, están, también, un poco «chotas».

Cuando la *perdiz* llega a la edad madura —si la dejan los cazadores— se dedica con ansia al amor. Pero la *perdiz* no es, como otras aves (tales como los gallos) polígama, sino monógama... por lo menos cada temporada. Por ello, en la época de celo, se empareja y abandona su manada que suele llamarse «bando»; y, así, se las suele ver, macho y hembra unidos, seguidos de su numerosa prole.

Por una extraña asociación de ideas a las crías de la *perdiz* se les llama *perdigones*. O sea: exactamente igual que a su mayor enemigo. Tan curioso fenómeno determina un cerrado ciclo en la vida de este animal de cetrería; ya que, cuando nace, nace *perdigón* y, cuando muere, es *perdigón* lo que mata.

Otro de los entretenimientos de la *perdiz* es el de su canto; el canto de la *perdiz* es bastante monótono y desagradable, pese a la opinión de algunos cazadores y de algunas otras absurdas personas que gustan de tenerlas en jaulas especiales (con una chichonera en el techo) para que los mareen a todas horas; y, sobre todo, a las de dormir.

El canto de la *perdiz* tiene, no obstante, una finalidad de continuación de la especie; ya que es el arma de que se vale la *perdiz* machote para buscar una *perdiza* en buenas condiciones con la que emparejarse y... ¡buenol, procrear.

Artes de caza.—Puede decirse que a la *perdiz* se la caza por toda clase de procedimientos; sus «artes» de caza son, por tanto, mucho más amplias que en la *codorniz* ya que, para ella, el hombre ha tenido que exprimir más su cerebro por las pocas facilidades que da el animalito, siempre dispuesto a la huída o al disimulo.

Las más frecuentes son las siguientes:

a) Con *perro* de muestra. Procedimiento ya explicado en el capítulo anterior, al que nos remitimos.

b) A *ojeo*. Procedimiento que se emplea en los cazadores donde van gente de postín (invitados) y de la política. Consiste en colocarse las escopetas hábilmente disimuladas por el sitio donde ha de pasar el bicho, que es espantado por nativos y gebos desde la otra punta.

c) En *mano*. Semejante al del apartado a), pero practi-

cado por una fila de cazadores que, a veces, se perdigonean mutuamente.

d) Con *lazos*. Consistente en colocar unas lazadas de bramante en las matas por donde puede pasar la *perdiz* «apeonando», con la esperanza de que ésta se ahorque. Y

e) Con *reclamo*. Método que se practica en la época de celo, para liquidar a los machos que buscan camorra con un rival. Consiste en atraerlos, al sitio donde el cazador aguarda agazapado, con el canto de otro macho un poco caliente. A veces el macho se sustituye por un chisme que parece una bota para los «sanfermines», y al que se le hace cantar con una pera de goma.

Por estas y otras parecidas «artes» se intenta cazar la *perdiz*. Pero, en realidad, como siempre se caza es con buen tino y con mucha suerte. Lo mismo que al *jabalíe*.

IV

LA LIEBRE

Animal cetrero, de D. PEDRO ALFARO

«Benitín».

LA LIEBRE

(«Lepor máximos» T).

Descripción.—Cuando nos llega la hora de describir nuestro propio símbolo cetrero, hemos de remitirnos, necesariamente, al Capítulo I de este II Tomo. Porque entonces, cuando describíamos al *conejo*, hubimos de decir que dicho duplidentado era sobrino carnal de la *liebre*.

Es decir, que como *liebre* y *conejo* son de la familia, lo que allí dijimos para el sobrino, aquí podemos aplicarlo a la tía; a la tía *liebre*. La *liebre* es, por ello un *mamífero*, un *roedor*, un *duplidentado* y un *lepórido*. Y, a pesar de ser tantas cosas, la *liebre* no es demasiado grande; es un poco mayor que el *conejo*, pero nada más. Por regla general es más pequeña que el perro y que el elefante.

La *liebre*, como buen *roedor*, tiene cabeza, cuerpo y extremidades; estas extremidades son cuatro y, las cuatro, tienen forma de patas. La *liebre* tiene, también, rabo; pero un rabo muy corto que se destaca sobre una gran mancha de pelo blanco. Esta escasa dimensión de su cola ha dado lugar a que a las *liebres* se las llame también, y en el ambiente familiar, «rabonas».

Los dientes de la *liebre* —detalle característico de todo *duplidentado*— son muy diformes; y mientras los dos del centro presentan amplio desarrollo, los demás, no. Pero la *liebre*, a diferencia del *conejo*, no acusa este defecto morfológico; lo disimula. De ahí que no se hable de la «risa de liebre» y, en cambio, se hable, universalmente de la «risa de conejo», concepto que se aplica, no sabemos por qué misteriosa razón, a los falsos e hipócritas.

La *liebre* tiene una amplia área de dispersión; en nuestros campos es sumamente corriente. Y también se la conoce en buena parte de Europa, Asia y América.

Costumbres.—Totalmente dispares a las de su sobrino el

conejo, son las costumbres de la *liebre*. Y así podemos decir que aquella actividad fundamental del «*Oryctolagus algirus*», cual es la de la procreación, en la *liebre* no se da. No es que la *liebre* no se aparee y multiplique; pero no lo hace en esa forma amplia y desorbitada del *conejo*. El *liebro* y la *liebre* se aman, se cruzan, y tienen *lebratos*; pero no a tontas ni a locas y por pasar el rato como un *conejo* cualquiera.

En la *liebre* el amor es un instinto más, pero no el más desarrollado ni el que la caracteriza. A la *liebre* lo que la caracteriza es la vagancia; su deseo irresistible de permanecer echada y en reposo. Tan es así la *liebre* que, generalmente, se la captura levantándola de la «cama»; y que es frecuente verla —sin rubor alguno por su parte— «encamada».

La *liebre*, en efecto, cuando sale de su madriguera come un poco, busca un buen sitio, y allí hace su «cama»; y la hace rápidamente escarbando con sus patas delanteras. Una vez hecha la «cama», la *liebre* se tumba en ella y... ¡a dormir! Si no fuera por los perros y los cazadores, la *liebre* batiría insospechados «records» de horizontalidad.

Claro es que la *liebre*, por ese prodigioso don de asimilación que tienen los seres del reino animal —excepto el hombre— ha conseguido, con perseverancia de siglos, coordinar el sueño con la vigilancia; por el difícil sistema de dormir con los ojos abiertos. Ello le permite, en momentos de peligro, sacudir rápidamente la modorra y huir de sus enemigos con un maravilloso salto al impulso de sus patas traseras.

Otra de las notas diferenciales de la *liebre* y el *conejo* es la de su método de huir. Un conocido cazador de esta localidad ha llegado a descubrir que, mientras el *conejo* huye siempre al espeso y dando rápidos «zig-zag», la *liebre* huye hacia los espacios abiertos y en línea recta. Ello favorece, notablemente, la labor de los cazadores.

La *liebre* no es animal de grandes desplazamientos; por ello no emigra. Se trata de un animal sedentario, aunque ello no tenga nada que ver con su feo vicio de «sedentarse» sobre sus patas traseras, como un perro de circo cualquiera.

Artes de caza.—¿Qué hemos de decir de las artes de caza

de la *liebre*, que no hayamos dicho ya? ¡Conteste, usted, hombre!

Y como usted no quiere contestar lo haremos nosotros. Y conste que sí que podemos decir algo. Podemos decir, por ejemplo, que no todos los procedimientos para la caza del *conejo* son aptos para la *liebre*; pero que, en cambio, hay para esta «pieza» métodos propios.

A la *liebre* se la puede cazar, como al *conejo*, por los sistema del «gancho», «ojeo», «mano», etc. Pero, en cambio, no se la puede capturar con «lazos» —porque no pica— ni con «bicho» porque no se «embarda».

Sin embargo, a diferencia del *conejo*, a la *liebre* se la captura con galgo. Es decir: empleando esos perros tan delgados que parecen «radiografías» de perros de verdad. Este método se puede emplear bien yendo el cazador a pie, o bien yendo a caballo; cuando es de esta última manera se suelen llevar chavalas, porque resulta todo muy «chic».

La técnica de este «arte» es sumamente sencilla ya que consiste, únicamente, en soltar, cuando llega el momento, a los galgos y ellos lo hacen todo, mientras el cazador espera. Es decir, que el galgo, cuando ve a la *liebre*, sale detrás de ella y, si logra alcanzarla, la desnuca y se la trae al cazador.

Esta manía de los galgos de perseguir a las *liebres* ha dado lugar a bonitos deportes que se desarrollan en el campo abierto o en los «stadiums».

Cuando se celebran en los «stadiums» la *liebre* no es de verdad, sino de hojalata y piel disecada, y se la hace correr por un carril como un «tren eléctrico». Los galgos llevan, entonces, una mantita con un número y gana el que llega más cerca de la *liebre* cuando ésta cruza la meta. Entonces no gana el dueño del perro que cobra el bicho, sino el que acierta el número de la manta del que va el primero. Porque en esto, como en otras muchas cosas, los hombres mezclan la naturaleza con el oro; y emplean las llamadas apuestas.

V

EL ZORRO

Animal cetrero, de D. RICARDO PEREZ

«El Médico».

EL ZORRO

(«Vulpes, vulpes» L.).

Descripción.—He aquí uno de los más astutos animales de la Naturaleza. Tan es así que, a quien en el mundo de los hombres, juega con sus mismas cartas (astucia, fraude o disfraz) se le suele llamar, amistosamente, «zorro».

Y he aquí, también, que por razones fáciles de comprender no aludiremos, en este trabajo, más que al *zorro* zorro. A la otra, a la *zorra*, la llamaremos *zorro* hembra; porque es más fino y no queremos herir susceptibilidades.

El *zorro*, lo mismo que los demás animales de caza y de pelo, es *mamífero*; pero un *mamífero* carnívoros; es decir: que, a diferencia del inocente *conejo* y de la rápida *liebre*, el *zorro* se alimenta de otros animales a los que previamente jeringa.

En su hábito externo el *zorro* no tiene más interés que un perro; o, tal vez, menos. Tiene una cabeza con sus orejas, sus ojos y su hocico terminado en punta; un cuerpo algo larguirucho y, aparte de sus cuatro patas, un rabo muy largo. El rabo de los *zorros* es, sin duda, su nota característica; hasta el extremo de que se emplea en peletería, pintado de negro y plata (como Luis Miguel), llamándolo «renard argente», que en castellano quiere decir cinco mil «leandras».

La piel del *zorro* es áspera y desvaída en el invierno, pero cuando llega la época del «celo» se hermosea. Su esplendor se produce en febrero, que es cuando el *zorro* se enamora como un tiazó. Entonces se avivan sus colores y el rojo campa por sus respetos.

El *zorro* es un animal universalmente conocido; abunda en Europa, pero también es habitual en Inglaterra y en otras islas primitivas.

Costumbres.—De las veinticuatro horas del día el *zorro* se pasa veintitrés detrás de las matas haciéndose el despistado; a este hábito del citado mamífero se le llama «zorrería». La otra hora que le queda, de cada veinticuatro, la dedica a

escarbar en las madrigueras de los conejos. Pero como es un tío astuto no lo hace a tontas ni a locas, metiéndose por esos sitios pequeños en que apenas cabe la mano del guarda del «coto». El *zorro*, cuando se dedica a esta ocupación, que es la base de su sustento, empieza por aplicar una oreja a la tierra, poniendo la mano detrás de ella como cuando usted habla por teléfono en un bar, y cuando ha localizado el «punto neurálgico» del «bardo» da tres escarbadadas y... ¡zas!, gazapo que me como.

Pero cuando cambian las costumbres de este animal es en el citado mes de febrero; en este mes es cuando el *zorro* hembra se siente nostálgico y se retoca. Entonces el *zorro* machote la conquista y se casa. A los dos meses y un día (como un perro cualquiera) el amor da sus frutos —de tres a seis— en una madriguera, que se llama «zorrera», y que es la más desconocida de las seis o siete que instala previamente la hembra. Porque a la hembra del *zorro* le gusta hacerle faenas a su macho y dejarle vagar por los montes, venga de buscarla.

A pesar de ello el *zorro*, que es bastante idiota pese a las apariencias, encuentra siempre a su señora y a sus pequeños y les lleva tiernos frutos del país (bien sean mamíferos, aves, huevos, miel, insectos, etc.). Pero esto solo ocurre hasta septiembre, o primeros de octubre, en que la familia se disuelve de común acuerdo; el *zorro*, entonces, se hincha de conejos para recuperar sus fuerzas y casarse de nuevo en otro invierno; y la *zorra* (perdón, el *zorro* hembra) vive su vida en «Pídoux» o «Chicote».

No se sabe que el *zorro* tenga costumbres migratorias; algunos ejemplares anillados han sido, sin embargo, capaces de recorrer distancias de veinte kilómetros. Pero lo más normal es que tengan querencia a un monte determinado.

Artes de caza.—Al *zorro* se le trata de capturar por mil medios diferentes; pero, dada su astucia, fallan casi todos.

Los procedimientos más normales son los de la «espera» (aguardando, muerto de frío, a que pase por un camino por donde al final solo pasa el Secretario del pueblo, que es el que se lleva la perdigonada; y con razón); a «ojeo» (es decir,

echándolos hacia adelante con gritos y palos, como se describe en el capítulo del *conejo*); con «perros de rastro» (que arman un ruido muy gordo); y con «reclamos» (bien sea un conejo atado por una pata, bien una liebre herida que chilla como una condenada, o bien un ratón al que se le pisa, de vez en cuando, el rabo).

También es posible cazarlos con «cebo», sistema que consiste en poner un pedazo de carne de conejo, o un «entrecot» untado de estricnina. El *zorro*, entonces, se come el cebo de un bocado y muere, ante la alegría de los cazadores, de fuertes retortijones de tripas.

La caza con «cercado» es un procedimiento empleado en Extremadura que se caracteriza por su falta de humanidad.

De todas formas el sistema más bonito es el que se emplea en Inglaterra y que consiste en vestirse de colorado encima de un caballo y venga de galopar. Generalmente la «chavala» que está mejor de todas se cae al saltar una cerca de espino artificial; y entonces llega el «bueno» y... caza.

EL JABALIE

Animal cetrero, de D. JAIME REBOLLEDO

«El Fanfa».

EL JABALÍE

(«*Cerdus pilosus*» HB).

Descripción.—El *jabalíe*, también llamado jabalí, a secas, es un mamífero del género de los *suidos*. Es, por lo tanto, un animal parecido al cerdo, pero que se diferencia de éste no sólo por su manera de ser, sino también por su hábito externo.

En efecto, el *jabalíe*, a diferencia de su congénere doméstico, tiene el cuerpo recubierto, no de una suave pelusa rubianca, sino de hirsuto vello sumamente recio que le permite defenderse, con éxito, tanto de las inclemencias del tiempo como de los dientes de sus enemigos. Y el *jabalíe*, también a diferencia del «*cerdus vulgaris*», tiene la boca provista de dos desarrollados colmillos que constituyen su mejor arma defensiva y ofensiva.

Aparte de estas diferencias, la morfología del *jabalíe* es pareja a la del cochino; tiene, como él, un cuerpo rechoncho y fuerte, unas patas cortas y una gruesa cabeza en la que el morro es característico. El morro del *jabalíe* es achatado y carnoso, teniendo esta configuración por su destino, ya que este *suido* se alimenta de raíces que hoza en la tierra.

A más de los colmillos, son los ojos y el color del pelo del *jabalíe* sus notas características. Los ojos del *jabalíe*, más que ojos son ojillos; por que son sumamente pequeños, sanguinolentos y redondos, y apenas se vislumbran entre sus enmarañadas guedejas. El pelo del *jabalíe*, que ya hemos dicho que es hirsuto (y lo repetimos porque eso de hirsuto suena muy bien), es de un color oscuro, casi negro, lo que, en los momentos de ataque le da un aspecto feroz que ha hecho que se le denomine el «diablo» de los bosques.

El *jabalíe*, aunque no muy abundante, existe en toda nuestra Península, y también es conocido en el resto de Europa y en otros Continentes. En algunos países —tales como la Nígeria— existe una variedad de *jabalíe*, más fea aún que la corriente, caracterizada por protuberancias que, a modo de



berrugas, cubren su cabeza. Se trata del codiciado «Jabalíe berrugoso», del que ya habló Plinio «el Joven» en algunos de sus interesantes trabajos de cetrería.

Costumbres.—Pese a la opinión de algunos ignorantes, las costumbres del *jabalíe* son pacíficas. Casi pudiera decirse que, cuando no está en contacto con el hombre, el *jabalíe* es el cerdo de los bosques, ya que jamás ataca a los demás animales y se contenta con vagar a la luz de la luna en busca de raíces o tubérculos que comer.

Pero esas costumbres pacíficas se convierten en furia desencadenada cuando el *jabalíe* es atacado por el hombre o por el perro. En esos momentos su hirsuto (otra vez nos sentimos eufóricos ante esta palabra) vello se riza, sus ojillos se cubren de sangre y sus colmillos salen de sus encías como dos poderosas lanzas. Y, entonces, el bruto se lanza en loca carrera destruyendo todo lo que encuentra a su paso; la única «pega» de esta acometividad del *jabalíe* es que, desde pasadas generaciones, mantiene el axioma de que la línea recta es «la distancia más corta entre dos puntos» y se larga a toda velocidad sin el más pequeño desvío.

De ahí, pensando en esta marcha y en la velocidad del *jabalíe* hembra, que es mayor que la del macho, que se haya dado en llamar «jabalina» al palo ese, terminado en punta (como un colmillo), que se tira en las Olimpiadas. Y de ahí también que, conociendo sus costumbres, los cazadores puedan esperarles con cierta tranquilidad en la dirección de su ataque para matarlos al «quiebro» colocándoles una bala en la «palletilla» que es, por lo visto, lo bueno.

En el amor el *jabalíe* es un poco moro, y, por lo tanto, polígamo. En la época de celo el *jabalíe* macho va buscando una serie de *jabalinas* de buen ver y se las va llevando a su guarida, donde las fecunda. De esta fecundación nacen, pocos meses después, las crías de *jabalíe*, a las que se las suele llamar «jabatos». Aunque, en realidad, cuando lo son... no lo son. Es decir que los «jabatos» son jabatos, cuando ya son *jabalíes* con colmillos y todo.

Los *jabalíes* cría son muy distintos a sus padres, lo que al principio (sobre todo en machos jóvenes) les causa a éstos

extrañeza y les hace dudar de la fidelidad de sus hembras; porque, en los primeros meses de su vida, el *jabalíe* no tiene el vello hirsuto (¡ya salió aquello!), ni negro, sino lacio y a rayas claras y oscuras como un jugador de fútbol de Sudamérica. Pero cuando crecen —que es muy deprisa— vuelven a sus características pilíferas normales.

El *jabalíe* es animal que se desarrolla muchísimo, llegando a alcanzar pesos superiores al del hombre. Sin embargo, es fácil a la muerte por tener en su cuerpo varios puntos vulnerables, tales como la paletilla, la oreja y el ojillo.

El *jabalíe* no emigra, pero, a pesar de ello, recorre grandes distancias, siempre preocupado por las subsistencias. Y eso teniendo en cuenta que, en el reino animal, aún no se ha inventado esa maravilla que se llama «cartilla de racionamiento». Si esto llega —según asegura Humboldt— el *jabalíe* se hará emigrante. Ya veremos.

Artes de caza.—No es, tratándose de este animal cetrero, el arma lo que unifica sus «artes» de caza; lo que las unifica es el medio; y el medio es el perro, indispensable para la captura y muerte del *jabalíe*.

El perro, en combinación perfecta con el hombre, captura al *jabalíe* por dos procedimientos diferentes: haciéndole huir o no dejándole que huya.

El primer sistema se practica con perros abundantes—que suelen llamarse «trailla», los cuales, metiéndose por entre los matorrales del monte, hacen huir al suido en dirección a los cazadores. Estos, con escopetas cargadas de bala o «postas», aguardan en los puestos y, si no tienen miedo y tienen puntería, pueden liquidar varios animalitos.

En cambio el segundo sistema se practica con sólo uno o dos perros (que han de ser fuertes y valientes y estar especialmente adiestrados para estos menesteres). Dichos perros, una vez que «cogen» el «rastros» de un *jabalíe*, le siguen hasta descubrir al suido; y, entonces, desafiando sus feroces embestidas, luchan con él hasta que le sujetan con sus dientes, colgándose de sus orejas y de su morro. Al «follón» que arman, en su lucha, perros y fiera, acude el cazador que, con escopeta o cuchillo, da muerte al hirsuto (es la última vez que lo decimos,

ipalabral) animal. El empleo del cuchillo es bastante arriesgado y, por ello, se ha inventado un método que consiste en atarlo en un largo palo para conservarse lejos del *jabalíe*. ¡Qué no inventará el hombre para luchar con ventaja!

La caza del *jabalíe* (que en algunos sitios en que es abundante se practica a caballo), es una de las más emocionantes en nuestra Patria. Y sus lances y riesgos son frecuentes, sobre todo para los perros, que no siempre logran evadirse de una buena colmillada.

Una vez muerto el *jabalíe*, es costumbre arrancarle los colmillos para conservarlo como trofeo y poder presumir ante los amigos. Porque la cosa no es manca y la presunción cabe, ya que no todos son capaces de vencer a un bicho de «colmillo retorcido» como éste.

VII

LA CHOCHA

Animal cetrero, de D. JOSE MARIA OREJON
«Oreja grande».

LA CHOCHA

(«*Perdix tapia*» L).

Descripción.—Empezaremos por aclarar que la *chocha* es el mismo bicho que la *sorda*, que la *becada*, que la *chocha perdiz*, que... etc., etc. Porque la *chocha* se conoce con todos estos nombres, y con otros aun más extraños, en las diversas regiones por donde pasa.

La *chocha* o *sorda* (que tales son los nombres vulgares que en Castilla se da a la *becada*), es del tamaño de una *perdiz*, pero totalmente distinta de ésta.

El plumaje de la *chocha* es oscuro y un poco más por la espalda que por la tripa. Es, a diferencia de la *perdiz*, poco vistoso y únicamente tiene una pluma en cada sobaco, que casi nunca se encuentran, que presenta la particularidad de su fuerte contextura y es muy apreciada por los cazadores para ponérsela en la cinta de su sombrero.

Sin embargo, no es el plumaje de la *chocha* lo que la caracteriza, sino su cabeza. Y, dentro de ella, el largo pico y la especial situación de su aparato auditivo (oído). El pico de la *chocha* es muy largo; y aunque no tendría nada particular, porque también las *cigüeñas*, por ejemplo, lo tienen, el pico es sumamente original en la *becada*. No por su longitud, repetimos, sino por su movilidad. El pico de la *chocha* se aplasta ligeramente en su extremo y, como se alimenta de gusanos que andan debajo de la tierra, lo clava profundamente y, al estar dentro, lo abre para tragarse las sucias lombrices.

La otra nota característica de la *chocha* es la situación del oído; ya que no lo tiene detrás, sino delante de los ojos. Ello es debido, según los sabios naturalistas, a un proceso de adaptación por su manera de comer, que se describe en el párrafo anterior. Y a ello se debe, sin duda, el que los cazadores llamen también a este bicho *sorda*, no porque se ponga una pata detrás de la oreja como algunos creen, sino porque

cuando la buscan el oído donde debe tenerle no se le encuentran y creen que no puede oír; pero, sí, sí...

Costumbres.—¡Qué poco se conoce de la manera de ser de la *chocha!* Apenas si los cazadores pueden decir que es un ave difícil de encontrar y fácil de matar cuando se encuentra; y apenas si los expertos en Ciencias Naturales pueden añadir que la *becada* es un ave de costumbres migratorias.

Lo único que se sabe acerca de este animal es que llega, con las primeras nieblas y fríos del invierno, a nuestra Patria; que descansa, durante un tiempo inconcreto, en nuestros montes; y que, en primavera, vuelve a pasar en busca de los ardientes soles de África.

Hay, por lo tanto, algo seguro en la idiosincrasia de la *sorda*; y es su espíritu opuesto al del hombre. El hombre es un animal terriblemente descontento, que apetece el calor en invierno y el frío en verano, de donde nace su absurda costumbre llamada «veraneo». En cambio la *chocha* no es así: es un bicho acomodaticio y, tal vez, un poco exagerado en su respeto a los ciclos climatológicos. La *chocha* no sólo busca el frío en invierno, sino el más frío; y en verano busca el más calor.

Otro dato seguro sobre las costumbres de la *chocha* es la que se refiere a su alimentación; se alimenta de vulgares lombrices de tierra, a las que busca, pacientemente, hincando su pico movable en la húmeda tierra de montes y olivares.

Pero, aparte de ello, casi nada es posible concretar. ¿Dónde anida la *chocha*? ¿Dónde rompen el fino cascarón de su huevo los *chochitos*? ¿Emigra la *chocha* en el primer año de su existencia o espera en el lugar de su nacimiento el fortalecimiento de sus músculos para iniciar sus grandes travesías? ¡Misterio!

Nosotros podríamos descubrir ligeramente el velo de estas incógnitas; pero no lo hacemos. Y no lo hacemos porque, aunque nuestros profundos estudios sobre este pájaro están llegando a su madurez, no nos dedicamos a revelar uno de los mayores secretos de la cinegética. Un secreto tan grande como aquel que cubre el hecho de que el «Fanfa» marrara los dos tiros que lanzó, a conciencia, sobre aquel pobre conejo

que se lamía tiernamente sus manos a tres metros escasos del cañón de su escopeta una tarde de enero.

Únicamente haremos constar que la *chocha*, a diferencia de la *perdiz*, tiene la fea costumbre de volar, en principio, lentamente, y haciendo algo así como «plof, plof, plof». Costumbre que es, para ella, de fatales consecuencias.

También tiene la costumbre de estar muy sabrosa en las mesas de los cazadores, sus familiares y amigos.

Artes de caza.—En realidad el único medio de cazar a la *chocha* es el llamado «en mano» y con un buen perro de muestra.

Por ello nos remitimos en este lugar a todo aquello que decíamos al describir esta «arte» en los capítulos de la *perdiz*, de la *codorniz* o del *conejo*.

Y solo tenemos que añadir, en beneficio de los nuevos cazadores, que tal vez se equivoquen con el nombre de *sordas* dado a estas aves, que es muy difícil, por no decir imposible, capturarlas andando de puntillas para cogerlas con los dedos. Porque estos bichos oyen y el sistema falla bastantes metros antes de llegar a donde se encuentran al emprender, el objeto de la captura, su pesado y sonoro vuelo.

LA DOTE

[Materia casada, 1901]

Descripción. Queremos hacer, antes de dar otros ejemplos de esta, una pequeña aclaración para evitar falsas interpretaciones. Y esta aclaración es la de que nosotros no entendemos la dote bajo un punto de vista jurídico, es la forma que un materialista y asqueroso, por la influencia del actual Código Civil en el Capítulo III del Título III de la Ley 1.336 y siguientes.

VIII

LA DOTE

Nuestros sentimientos y sentimientos biológicos, es decir, como un ser susceptible de ser usado y que, además, nada. La dote viene así, y así es la interpretación de las instrucciones jurídicas, sin embargo de que se le oponga, por lo tanto, de pelo, ojos, labios, otras, etc., etc., y sus irregularidades.

Animal cetrero, de D. RUFINO HERNANDO

«El Tuiti».

comparación física, muy buena, pero que no se le permite andar o dirigidas, etc., etc. No puede, por lo tanto, compararse con Josefina, y así se explica con Dora, que es algo menos mala.

Para la dote tiene, en cambio, un órgano especial que no tiene el ser humano hombre vulgar y corriente. Ese órgano que es lo que verdaderamente le tipifica, es la costumbre oculta, el depósito de valores o los bienes materiales. Porque la dote es esencialmente hija huérfana de ricos heredados o hija no huérfana cuyos padres, ricos heredados también, desean que satisfaga su natural impulso de...

Hay dos clases de dote, que se denominan con los nombres de dote estimada y de dote inestimada, pero, en realidad y bajo el punto de vista cinagógico, la diferencia es esencial. Lo mismo podríamos decir de una sutil diferencia, lo que estas dos clases de dote, dote estimada y dote inestimada, y que no sabemos a qué obediencia.

La dote es animal que abunda en todos los países, es esencial en las democracias; en Rusia, aunque es todavía...

LA DOTE

(«Mulierun cazavit» Just).

Descripción.—Queremos hacer, antes de describir esta pieza de caza, una pequeña aclaración para evitar falsas interpretaciones. Y esta aclaración es la de que nosotros no estudiamos la *dote* bajo un punto de vista jurídico en la forma esa tan materialista y asquerosa, que la contempla nuestro Código Civil en el Capítulo III del Título III de su Libro IV (arts. 1.336 y siguientes).

Nosotros estudiamos y describimos la *dote* en su aspecto biológico, es decir, como un ser susceptible de ser cazado y que, además, anda. La *dote* vista así, y no en la abstracción de las instituciones jurídicas, tiene forma de mujer, y se compone, por lo tanto, de pelo, ojos, labios, tórax, abdomen y extremidades inferiores. Generalmente la *dote* no está, en su composición física, muy bien dotada; ya que suele ser de piernas gordas o delgadas, chata, bizca o vieja. No puede, por lo tanto, compararse con Josefina, y ni siquiera con Purita, que es algo menos mona.

Pero la *dote* tiene, en cambio, un órgano auxiliar que no tiene el ser humano hembra vulgar y corriente. Este órgano, que es lo que verdaderamente la tipifica, es la cuenta corriente, el depósito de valores o los bienes inmuebles. Porque la *dote* es necesariamente hija huérfana de ricos hacendados o hija no huérfana cuyos padres, ricos hacendados también, desean que satisfaga su natural impulso de... eso.

Hay dos clases de *dote*, que se denominan con los nombres de *dote estimada* y de *dote inestimada*, pero, en realidad y bajo el punto de vista cinegético, la diferencia es escasa. Lo mismo pudiéramos decir de esa sutil diferenciación que establecen algunos tratadistas entre *dote adventicia* y *dote prefecticia* y que no sabemos a qué obedece.

La *dote* es animal que abunda en todos los países y en especial en los democráticos; en Rusia, aunque se extinguió

la *dote* a raíz del golpe bolchevique, empieza a renacer profusamente, si bien sustituye el apéndice cuenta corriente por uno más pequeño llamado «enchufe».

Costumbres.—Las costumbres de este animal de caza son similares a las del hombre-hembra, sólo que más exageradas.

O sea, que si una hembra de ser humano va dos veces al cine por semana, la *dote* va cuatro; y si aquélla frecuenta las «salas de fiesta» u otros lugares de análogo ostracismo, la *dote* los archifrecuenta. Porque, en realidad, toda la vida de la *dote* está entregada a ser elemento de caza del ser humano-macho, al que asedia constantemente diciéndole toda clase de simplezas y mostrándole el tercer talón.

Este afán de la *dote*, de ponerse a tiro, se incrementa con la edad; y así el Conde Rodríguez—famoso cazador de *dotes*—refiere el caso de una que no llegó a cazar que frecuentaba la misma localidad de un cine de barrio durante las tres sesiones que se daban diariamente. Claro es que este caso es un caso extraordinario, ya que tal *dote*, cuando fué cazada por un amigo del Conde al que éste invitó a su palco, contaba ya cuarenta y ocho años de edad y ochenta y tres kilogramos de peso.

La *dote* es de costumbres pacíficas y agradables hasta el momento del apareamiento; más después de éste, y una vez satisfecha su sed de amor, se suele trocar en egoísta y déspota ocasionando frecuentes y lamentables incidentes a su ingénuo cazador.

La *dote*, generalmente, es emigrante y por ello es frecuente encontrarla en los grandes «paquebotes» que hacen los servicios de transporte de pasajeros hasta el otro lado del «Gran Charco»; que así llaman los cazadores de *dotes* al Océano Atlántico, ese que empieza en Cádiz y La Coruña.

Artes de caza.—Para la captura de la *dote* no es preciso el empleo de escopetas, perros, ni lazos. Incluso el caballo puede ser un auxiliar intrascendente.

A la *dote* se la caza a base de sonrisas y de buenas tragaderas; y resulta sumamente conveniente capturar previamente la voluntad de sus padres o tutores, para tener más seguridad en el éxito definitivo con el animal.

El medio más seguro de caza es el de la simpatía; por ello recomendamos que cuando el cazador de *dotes* —que no es un cazador como los demás, sino más pobre y más vago— localice una de estas piezas, la mime hasta el infinito, alabando constantemente sus cualidades físicas y morales (aunque sean un asquito), acompañándola a casa, invitándola al cine y a gambas a la plancha (alimento ideal de este mamífero), e incluso adquiriendo para ella y para su madre pastelitos y bombones.

Una vez que la *dote* está emocionada con el cebo que se la ofrece en esta forma, lo mejor es acompañarla a esos sitios tan raros que hay en los Palacios Arzobispales y en los Juzgados de Paz y que sirven para contraer matrimonio.

El «arte» de la caza de la *dote* es sumamente fácil hasta el extremo de que hay autores que opinan que no se trata de un animal cazable, sino cazador. Lo más difícil —y ese sí que es un verdadero «arte»— es desprenderse de la pieza una vez que se ha aprovechado su bocado más exquisito y que es, sin duda alguna, ese apéndice a que antes hacíamos referencia: el de la c. c., el del depósito de valores, o el de los bienes inmuebles.

En definitiva: que la caza de la *dote* no es aconsejable a cazadores inexpertos, sino a aquellos otros que conocen bien esa cosa tan complicada que los señores mayores llaman «la vida».

EL TIGRE

IX

EL TIGRE

Animal cetrero, de D. FELIX ECHEVARRIETA

«Don Félix».

EL TIGRE

(«Félix Tigris» L).

Descripción.—Por necios que sean nuestros lectores, no creemos necesaria una extensa descripción de este gran felino; porque el *tigre* es universalmente conocido desde la época de Krone, el gran naturalista alemán.

Sin embargo, habremos de señalar algunas de sus características; y así diremos que el «Félix» éste es como un gato, pero en mayor y pintado a la acuarela. Algunos, por esta pigmentación de su piel, confunden al *tigre* con la *cebra*; pero solo durante algunos minutos y hasta darse cuenta de que sus patas terminan en punta y sus dientes también.

Cuéntase, a este respecto, de un explorador gordo que iba con otro explorador flaco por las selvas de África (cuando en las selvas africanas no se habían exterminado aún los *tigres*) y vieron, de repente, a un extraño animal que les pareció un poco mayor que las *liebres* de su pueblo. El explorador flaco parece ser que convenció al explorador gordo de que aquello era una *cebra* y que a estos animales se les cazaba atrayéndolos con familiares ruiditos mientras se les mostraba, en la mano, un ramo de berza; el explorador gordo siguió el consejo del explorador flaco, que estaba subido en un árbol (para ver mejor, según dijo), y cuando se acercó al animal con la berza («colis vulgaris»), recibió tan terribles zarpazos y dentelladas, que falleció momentos después.

Al expirar, el explorador gordo dijo —son palabras que se conservan esculpidas en una lápida del Museo de Ciencias Naturales de Amberes— algo así como: «¡Sí, sí, *cebrall!*» Y el explorador flaco no se bajó del árbol hasta tres días después.

Por otra parte, el *tigre* tiene la contextura natural de los *mamíferos*: cabeza, patas y cuerpo. Su única nota característica es la de estar pintado a rayas como Pérez Paya, aunque los colores son diferentes.

Costumbres.—Las costumbres del *tigre* son carníceras;

pero sin dedicarse al estraperlo ni tener un puesto regulador.

El *tigre* nace, generalmente, en la selva, como fruto del apareamiento de un *tigre* y una *tigra*; y en la selva, que tiene siempre un río cerca, crece y se hace hombre. Entonces es cuando empieza a devorar.

El *tigre* es como los serenos, que duerme de día y caza de noche. Pero en vez de cazar propinas y borrachos, caza animales. Los animales que caza el *tigre* son, siempre, más pequeños y débiles que él; de ahí su reconocida fama de astuto. No se conocen sino casos aislados de *tigres* que atacaran a elefantes o rinocerontes; en cambio es normal que se hinchen de corderos y de cochinitos como un vasco cualquiera.

Rara vez el *tigre* ataca al hombre; aunque en ello tal vez influya el hecho de que el *tigre* sabe, por instinto, que el hombre suele llevar un chisme llamado escopeta, que es un asco para los «Félix» de cualquier clase que sean. Cuando el *tigre* ataca al hombre, lo hace a traición; pero si lo hace una vez, adquiere la bárbara costumbre de comer hombres, ya que su carne, por lo visto, es mejor que la de cualquier otro mamífero. Esta costumbre de los *tigres* «antropófagos» está seriamente estudiada en sus misteriosos laboratorios por la Delegación Nacional de Abastecimientos.

El *tigre*, aparte de sus costumbres de matar y comer, no tiene más que hábitos vulgares. Es decir: que el *tigre* hembra se enamora del *tigre* macho y a la inversa. Y una vez enamorados, a la inversa y a la directa, hacen sus cosas y tienen *tigritos* que nacen, como antes decíamos, en la selva y a la orilla de un río. Cuando nacen en un Parque Zoológico se llaman *monos*.

También, y desde hace unos años, el *tigre* se dedica al cine en unión de un muchacho que se llama Sabú. Pero es preciso hacer constar que los *tigres* que se prestan a estos caprichos del hombre no son *tigres* de los buenos, sino *tigres* de invernadero que saben hacerse los muertos. Lo otro resultaría demasiado caro y difícil.

Artes de caza.—Son pocos los que se emplean para la captura de este astuto felino; hasta tal extremo, que pueden reducirse a estos tres:

a) El de la *bala*: Que es un medio muy difundido y que consiste en meter una bala bastante gorda en un rifle y esperar, encima de un árbol, a que el *tigre* se acerque. Cuando está cerca y no se da cuenta de que le miran se le apunta, y apretando una cosa que se llama gatillo, se le mete la bala en un ojo y el *tigre* cae muerto. Si no se acierta se dice siempre que «está herido», aunque sea que no.

b) El de la *trampa*: Que es el que emplean los nativos de la India, que es donde el *tigre* sigue malviviendo. Consiste en hacer un hoyo en la tierra, como si fuera a hacerse un colector, y poner encima una serie de ramas para disimular; en el centro se coloca una cabra, a la que se la tiran pedradas para que bale.

El *tigre*, al olor de la carne joven, va a ver lo que es y cae en la trampa. Luego se le liquida a garrotazos, que es lo fino.

c) El del *elefante*: Que consiste en comprar, o alquilar, un elefante, montándose encima y recorrer la selva en busca del felino.

Cuando se le encuentra se le procura capturar por el procedimiento señalado en el apartado a). Como se ve, el método no difiere mucho del indicado, ya que solo se cambia un árbol por un elefante; pero tiene la ventaja de que es más elegante y se va siempre con un «nabab», lo que no es «moco de pavo».

